

— 66 —

CAPITULO VII.

De una plática sentencial que pasó entre el rey don Ramiro, de buena memoria, y la reina doña Inés de Poitiers.

La fortuna reunió á José y á Zulaika en este mundo; mas cómo había de permitir que gozasen de perpetua felicidad los dos esposos?—Ella no puede ver que nadie esté tranquilo: no puede vivir sin hacer desgraciados.

Poema indio de José y Zulaika
—POR AMIN.

En tales angustias estaba don Ramiro, cuando de repente se le puso ante los ojos su esposa doña Inés, pálida, descompuesta, sin otras galas que el dolor, sin mas compañía que el llanto.

No podia haber llegado mas á propósito; don Ramiro comenzaba á sentir que no bastaba su ánimo

— 67 —

para soportar, ni bastaba su pensamiento para resolver tan grandes contrariedades como albergaba en el espíritu.

Al ver á doña Inés, que era tan infeliz como él, ó mas todavía, y sin culpa alguna; al contemplar doloridos sus ojos, donde tantas veces había encontrado ventura, y pálidas sus mejillas, y contristadas todas sus facciones, notó que la piedad embargaba su voluntad, y sintió arder por un momento en su alma el amor antiguo.

Dió algunos pasos hácia ella, y ya iba á hablarla, cuando doña Inés se le antepuso diciendo:

—¿Queréis oirme, don Ramiro?

—Háblad, hablad, respondió el rey.

—No vengo, continuó diciendo doña Inés, á reclamar el amor que habeis quitado de mí.

—Ojalá, señora, que pudiera devolvéroslo!

—No vengo á preguntaros siquiera la causa de mi desdicha, que bien sé que en nada os he faltado, y harto se me alcanza que para dejarme os han de sobrar pretextos que esponer y razones con que escudaros.

—Así es la verdad, doña Inés, no me habeis faltado en nada; y es cierto tambien que me sobran razones para apartarme de con vos.

Doña Inés se mostraba asombrada de la fria seguridad con que el rey asentia á su discurso.

—Sé, pues, que debo resignarme á vuestra injusticia, prosiguió con algun mas calor que en los principios, y que en adelante nada debo de solicitar de vos que sea para mí.

—¿Injusticia decís, doña Inés? replicó ya don Ramiro sin mas estar en su mano, el guardar reparo. ¡Injusticia! Si la hubo fué al tomaros por esposa, fué al unir mi suerte con la vuestra, al compartir con vos el regio tálamo.

—Soy noble, rey don Ramiro, repuso doña Inés, que con aquellas palabras de su esposo creyó afrentada su alcurnia; soy noble, y los de mi casa no es esta la primera vez que se sientan en tronos. Mas de todas suertes, mirad si os conviene, don Ramiro, afrentar á la mujer que fué vuestra esposa, por solo que ya no la ameis.

—No me habeis entendido, doña Inés, replicó el rey; y es que ignorais todavía la causa de nuestra desdicha. Jamas ha habido mujer mas digna que vos de ocupar un trono, ni mas capaz de hacer feliz á un esposo que no tuviese, cual yo tengo sobre mí, el anatema del cielo. El mal estuvo precisamente en que yo os amase tanto como os he amado; en que vos me correspondierais tan fielmente como me habeis correspondido, en que háyamos sido tan dichosos como lo hemos sido.

—Ahora sí que no os entiendo, exclamó doña Inés asombrada.

—¿No habeis visto cuánto peligro ha corrido mi vida esta tarde? Pues ese fué aviso del cielo que manda que nos separemos; estamos en pecado, doña Inés; estamos en pecado, y no hay poder humano que pueda reunirnos mas en este mundo.

Doña Inés, que era crédula por demas, como todas las mujeres de su tiempo, y que habia oido ha-

blar continuamente en su infancia de avisos del cielo, tuvo por verdadero lo que su esposo decia, y lloró en silencio algunos instantes.

—¿Labeis, exclamó luego, que se me ha quitado un gran peso del alma?

—¿Por qué, doña Inés?

—Porque ya sé que vos no me aborreceis; ya sé que no soy indigna de vos; ya sé que ninguna otra mujer me ha usurpado vuestro corazon. Ahora, si el cielo os ha avisado de que no debeis hacer vida conmigo, separémonos y amémonos de lejos.

—Sois una santa, doña Inés, dijo el rey con dulzura. ¿Sabeis que con oiros se me ha quitado tambien un muy gran peso del alma?

—Resignémonos con la voluntad de Dios.

—Resignémonos, doña Inés, que él es quien sabe todas las cosas; y así como nos juntó, nos separa ahora para probar nuestra fidelidad.

Don Ramiro no estaba ya desesperado sino enternecido: doña Inés aparecia mas tranquila, pero de sus ojos corrian aún abundantes lágrimas.

—¿Sabeis qué pienso, don Ramiro? dijo doña Inés. Eso solo me traia, y con la conversacion se me habia ido olvidando. Venia á deciros que ya que me abandonaseis á mí, cuidaseis al menos de nuestro hijo. ¿Qué hemos de hacer con él ahora? ¿Quién de los dos habrá de guardarle y enseñarle el nombre del padre ausente?

Aquellas palabras hirieron á don Ramiro como hiere los ojos la luz inesperada de un relámpago.

—Es verdad, doña Inés. Y nuestro hijo; ¿Qué hemos de hacer con él?

—Sus abuelos y su padre fueron reyes; y él no lo será.

—Triste suerte la suya, doña Inés.

—Acaso sea vuestra propia imagen, y sin embargo, reducido á la condicion particular, miraráse menospreciado de los otros reyes y tratado como igual por nuestros vasallos.

—Es verdad; ¿será menospreciado de los reyes; será de otros reyes vasallo!

—¿Y quién sabe si don Alonso de Castilla ó don García de Navarra, ó el mismo don Pedro de Atarés, cualquiera, en fin, á quien pongan ahora por rey los aragoneses, se vengarán de nuestro hijo por cualquier modo? Nuestro hijo les daría harta sombra en sus reinos, y de esas cosas se ven muchas por el mundo.

—¿Oh! tenéis razon, doña Inés, prorumpió el rey; es imposible que nosotros desheredemos á nuestro hijo.

—¿Y el mandato de Dios, don Ramiro? Mas en verdad que el inocente infante no puede estar comprendido en su ira: si él no ha podido ofenderle, ¿cómo ha de llevar tan gran castigo? ¿Qué parte tenía él en las culpas de sus padres?

—No, no le desheredaremos, doña Inés, repitió el rey; suceda lo que suceda, la corona de Aragon será para nuestro hijo.

—¿Oh! gracias, gracias, señor, exclamó doña Inés, arrodillándose delante del rey; mirad, no me

atrevo ya á abrazaros; pero nunca me habeis parecido tan grande como ahora; nunca os he amado tanto como en este momento. Parezcamos nosotros, si es posible; padezcamos tormentos eternos, pero salvemos á nuestro hijo de la afrenta y aun de la muerte que le espera.

—Me haceis temblar, doña Inés. ¿Prefeririais vos la condenacion eterna á arrebatár el trono á nuestro hijo?

—Yo no sé lo que me digo, señor. Mas Dios, que á vos os hizo padre, y á mi madre, perdonará nuestro amor, y él nos dará tiempo de hacer penitencia despues que hayamos logrado nuestro intento.

—Amen, doña Inés, amen. No habrá cilicio que yo no me imponga desde este momento, y el tiempo que medie desde ahora hasta el dia en que veamos rey á nuestro hijo, lo pasaré orando por él y por nosotros.

—Yo os imitaré en la penitencia y oraciones.

—Pero ¿sabeis, doña Inés, que ya no debemos hablarnos juntos si no es en público? ¿Sabeis que en adelante no hemos de ser otra cosa que hermanos?

—¿Y qué importa, si lo principal está conseguido? ¿Veis estas lágrimas, don Ramiro? Son de amor que os tengo, de amor que me abrasa las entrañas, y que acabará por quitarme la vida; pero aun soy capaz de este sacrificio y del otro no lo era; aun soy capaz de separarme de vos y no lo era de abandonar á nuestro hijo.

—Y yo tambien, doña Inés, os amo con toda mi

alma. Como que no he conocido otra mujer que a vos, ni en otra he puesto jamas el pensamiento. Pero advertid que tales palabras no nos son ya permitidas: habladme como á un hermano.

—Está bien, señor; no sé si podré acostumbrarme; voime á ensayar en ello.

—Id con Dios, dijo don Ramiro, tristemente.

Doña Inés dió algunos pasos, y volvió luego la cabeza; sus ojos eran un mar de llanto, y los ojos de don Ramiro denotaban el dolor mas intenso.

—¿Me negaréis el ósculo postrero? dijo doña Inés timidamente.

—¡ Ah ! exclamó don Ramiro, y se cubrió el rostro con entrambas manos.

Doña Inés no insistió, y haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, salió de la estancia.

CAPITULO VIII.

Que sirve para dar tiempo al tiempo y ocasion á que vengan otros inauditos sucesos.

—Quien espera desespera.

Pasaron seis meses tranquilamente ó al menos sin alteracion alguna en las cosas del reino.

El rumor de la renuncia del rey, que comenzó á correr entre la muchedumbre, fuese lentamente apagando.

Los ricoshombres y prelados, alarmados en los principios con la relacion de Roldan, llegaron á creer que aquel intento no se realizaria ya.

Unicamente la reina doña Inés, en soledad de continuo, y de continuo llorosa, era sabedora del secreto y vivia con zozobra y sentia que el pesar

se le aumentaba á medida que mas cerca llegaban los sucesos.

La bella hija de los condes de Poitiers habia salvado los derechos de su hijo; pero no habia sido sino á costa de los suyos propios.

En adelante solo la ternura filial podia ocupar sus horas, porque de esposa no le quedaba mas que el nombre, y de reina solo le quedaba escaso tiempo y azarosa vida.

Y en tanto pesar la desventurada doña Inés, no contaba siquiera con el consuelo de depositar sus confianzas en un pecho amigo; porque á su esposo no le veia, sino en público, y en su corte no habia otra persona que le inspirase cariño sino aquella Castana su doncella, en la cual era mayor el buen deseo que no la cordura; de suerte que no parecía prudente poner en sus manos secreto de tanta monta.

Sin embargo, con esta Castana era solo con quien hallaba algun alivio la reina, recordando á su lado cosas pasadas, como las fiestas del dia de su boda y las aclamaciones con que fué recibida por la corte de Aragon al llegar á la frontera, y el llanto de sus padres al dejar tal hija en tierra estrana. Hablaron tambien en diversas ocasiones del azar del dia de la coronacion, del peligro del rey, de la destreza del almogávar, mas notábase en esta última plática, que la reina hablaba como á su pesar, como si la fuera molesta, y Castana, por el contrario, se fijaba en ella con notorio deleite.

Y ello es que huyendo la reina de recordar el su-

ceso y buscándolo Castana, solian concluir las mas de las veces con este diálogo:

— No has vuelto á saber del almogávar, Castana?

No señora; no se ha vuelto á saber de él por mas que no falte quien haya preguntado.

— Habrá perecido en alguna de esas guerras que los de su gente mueven en la frontera.

— No lo permita dios, señora; no creo yo que haya fenecido, porque no conozco á nadie capaz de matarle en lid; y en la montaña no se hallan traidores que fuera de ella maten al contrario.

— Sabes que quisiera volverle á ver para hacerle algun favor?

— Y mucho que lo creo, señora mia, y no lo deseo yo menos que vos.

— Castana, ¿estás prendada del almogávar?

— No señora, no; esto que siento desde que le ví debe de ser agradecimiento de mi lealtad por el servicio que prestó al rey.

Sonreíase la reina al escuchar tales palabras, y al punto pasaba á otra cosa, porque era grande, como hemos dicho, el horror que ella mostraba á tal historia.

Don Ramiro, por su parte, divertía el tiempo de un modo que á muchos pareció extraño, puesto que no llegaron á comprender hasta mas tarde su verdadero significado.

En otro lugar hemos hablado de la predileccion que suele mostrar el cronista muzárabe, de quien tomamos este relato, por cierta iglesia de San Pe-

dro, donde él y sus padres y abuelos desde el tiempo de los godos asistían diariamente á los oficios divinos sin empescerles que estuviera la ciudad en poder de musulimes.

Pues esta iglesia, á la cual llamaban ya en la era de la conquista, que está muy cerca de ochocientos años distante de nosotros, San Pedro el viejo, á causa de su antigüedad remota, comenzó á aumentar y engrandecer don Ramiro.

Habia en ella convento de benitos, los cuales hacían muy penitente vida, y oraban de continuo al pié de aquellos altares levantados quizá de orden de los procónsules de Constantino, y en el estrecho y modesto cementerio en cuyas piedras aquí y allí plantadas sobre las sepulturas se leían todavía nombres romanos y godos.

Emprendió el rey la construcción de un claustro anejo á aquella antiquísima iglesia, y diariamente se le veía asistir á los trabajos y dirigirlos, y aun emendar con sus propias manos los toscos dibujos de los escultores de la época, y ayudar con ellas á levantar las columnas y chapiteles que habían de cerrar el claustro.

Nunca obra mas sombría reflejó mas sombríos pensamientos.

Nadie entrará de seguro en tal claustro, intacto aun hoy día, que no sienta en su corazón algo de pavor, de misterio, de tristeza.

Aun pregonan aquellos muros que son obra de un monje, sin otros deseos que el silencio de la soledad y el reposo de la muerte; de un penitente que

puesto en Dios el espíritu no deja para los sentidos del cuerpo ni luz, ni aire, ni agua, sino solamente tierra; de un hombre á quien la vida mortificaba, y el pensamiento de morir se le aparecía de continuo.

El claustro de San Pedro el viejo, es una tumba.

Allí fué donde al cabo de los seis meses que hemos señalado al comenzar este capítulo recibió nuevas el rey de que la reina estaba de parte. Y por primera vez desde el día de la coronación animóse su rostro un tanto, y una idea humana, terrenal, cruzó por su mente.

Horas despues vinieron á decirle que la reina habia dado á luz felizmente una criatura.

—¿Es varon ó hembra? preguntó sin dar tiempo á que el mensajero se lo dijera.

—Hembra, respondió el mensajero.

—Pues será preciso que contraiga esponsales desde niña, murmuró entre dientes.

A la tarde de aquel día, cuando la luz faltaba ya completamente del monasterio, cuando ya no era posible seguir en la fabrica, volvió, como de ordinario, al alcázar, y entró á ver á su esposa.

—Mirad, señor, á vuestra hija, le dijo doña Inés con los ojos arrasados en lágrimas.

—Es hermosa como vos, respondió don Ramiro.

—Hermosa como yo! Y la pobre mujer no osó siquiera darle el nombre de esposo. Gracias, señor, dijo, gracias.

Don Ramiro se inclinó sobre la frente de la tierra princesa y puso en ella los labios.

Luego, recobrando al parecer su ordinaria frialdad, dijo:

—Aragon os saludará desde este día feliz como madre de su reina.

—¡Día feliz! repuso la reina: sin duda que lo es, señor; sin duda que debe serlo.

Don Ramiro comprendió que había cometido una indiscrecion, pero no estaba para remediarla. A pesar de la frialdad que mostraba tener, lo cierto es que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. La naturaleza, siempre poderosa, vencia por un momento á la preocupacion extraordinaria de su espíritu.

—Ponedla, doña Inés, vuestro nombre, dijo por fin con mal encubierta ternura.

Las mujeres saben apreciar muy esquisitamente todos los sentimientos tiernos, todas las ideas delicadas.

Al oír aquellas palabras que le mostraban tan claramente los sentimientos de su esposo, no pudo resistir la reina mas, y prorumpió en un copioso llanto.

—No, mi nombre no quiero que lo tenga, no quiero que sea cual yo de desdichada.

—Sosegaos, señora, dijo don Ramiro. Contad que esa agitacion y ese sentimiento pueden seros funestos á vos y vuestra hija.

Y como esto dijo, se salió de la estancia.

La princesa fué bautizada con gran pompa al día siguiente, y con efecto no se le puso el nombre de doña Inés. San Pedro el viejo era la tumba elegida por el rey, y en triste memoria de aquel lugar

le pusieron Petronila. En cuanto á don Ramiro, reservado, como siempre, en sus pensamientos, y como siempre misterioso, continuó yendo todos los días á San Pedro el viejo, para andar á la mira de las obras del claustro.

Solo se notó que desde el nacimiento de su hija aceleraba mas que antes los trabajos, y se mostraba mas deseoso aún de que se concluyesen.

Todavía se ven en el claustro las parduscas columnas; ora aisladas, ora agrupadas de dos en dos ó de cuatro en cuatro, que hizo levantar en aquellos días don Ramiro.

Todavía duran los chapiteles donde labraron á su vista los mejores artifices de su tiempo flores desconocidas y hojas de familia indescifrable; guerreros que parecen monjes, y monjes que tienen traza de soldados; reyes, obispos, escuderos, monaguillos en concursos, y procesiones que por tal ó cual atributo se conocen, no por la espresion de los rostros ó la propiedad de los vestidos.

Allí se ven aún brazos que parecen cuerpos, y cuerpos que parecen brazos; allí caras mayores que los cuerpos que las sustentan, ó cuerpos gigantes para rostros de niños.

¡Absurdos respetables! Errores que el entendimiento saluda con entusiasmo, porque en ellos se mecía la cuna del arte moderno.

¿Quién diría hoy cuáles fueron las indicaciones, cuáles las mejoras que el monje-rey introdujo en aquellas obras? Pequeños incidentes son y deta-

lles á los cuales solamente da valor y aun preciosidad el largo trascurso de los años.

Dos muy cumplidos gastó don Ramiro en aquella obra, y cuando la vió terminada no pudo contener una esclamacion de alegría:

—; Ya nada me queda por hacer ! dijo.

Y de vuelta al alcázar saludó á su esposa mas afectuosamente que solia, y besó con mas amor que nunca la frente de la infanta doña Petronila, que ya habia aprendido á seguirle con los ojos y á nombrarle padre.

Mas cierto que se engañaba el buen rey, porque mucho le quedaba por hacer todavía para lograr sus intentos. Y es fortuna para nosotros, que de otra suerte aquí mismo habria de dar punto la crónica curiosísima que vamos siguiendo.

En un gran salon del alcázar de Huesca, adornado con primorosos artesones de madera y voluptuosos cogines orientales, mirábase reunidos cierto dia como hasta quince ricoshombres, los mejores del reino. Pedro de Luesia el arzobispo, era uno, y otro aquel Roldan tan determinado, y Gil de Atrosillo, y Miguel de Azlor, y Sancho de Fontova, y el viejo Ferriz de Lizana, y un cierto Garcia de Peña, y

los cuales solamente da valor y aun preciosidad el largo trascurso de los años. Dos muy cumplidos gastó don Ramiro en aquella obra, y cuando la vió terminada no pudo contener una esclamacion de alegría: —; Ya nada me queda por hacer ! dijo. Y de vuelta al alcázar saludó á su esposa mas afectuosamente que solia, y besó con mas amor que nunca la frente de la infanta doña Petronila, que ya habia aprendido á seguirle con los ojos y á nombrarle padre. Mas cierto que se engañaba el buen rey, porque mucho le quedaba por hacer todavía para lograr sus intentos. Y es fortuna para nosotros, que de otra suerte aquí mismo habria de dar punto la crónica curiosísima que vamos siguiendo.

CAPITULO IX.

Donde se vé que los ricoshombres de aquella edad no eran tan bien suiridos como estos que andan ahora.

Que no quieren tomar por rey sino al que lo merecia.

ROMANCE VIEJO.

En un gran salon del alcázar de Huesca, adornado con primorosos artesones de madera y voluptuosos cogines orientales, mirábase reunidos cierto dia como hasta quince ricoshombres, los mejores del reino.

Pedro de Luesia el arzobispo, era uno, y otro aquel Roldan tan determinado, y Gil de Atrosillo, y Miguel de Azlor, y Sancho de Fontova, y el viejo Ferriz de Lizana, y un cierto Garcia de Peña, y